

Capítulo 5

Un libro que nadie podía abrir

([índice](#))

Apocalipsis 5:1-3: Vi en la mano derecha del que estaba sentado en el trono un libro escrito por dentro y por fuera, sellado con siete sellos. Y vi un ángel poderoso que pregona a gran voz: “¿Quién es digno de abrir el libro y desatar sus sellos?” Pero ninguno, ni en el cielo ni en la tierra ni debajo de la tierra podía abrir el libro, ni siquiera mirarlo.

En la antigüedad los libros no eran como los nuestros. Eran piezas largas de lámina de piel o papel enrolladas sobre una vara, de forma parecida a como se almacena la tela en las tiendas. En los días de los romanos acostumbraban a guardar de esa manera el registro de la última voluntad de las personas antes que murieran. Los rollos quedaban entonces cerrados en su exterior mediante el sello de los testigos, permaneciendo así asegurados contra cambios posteriores ajenos a la voluntad del testador.

No se nos dice el nombre de ese libro que Juan vio, pero contenía la revelación de misterios desconocidos que Juan deseaba ardientemente comprender. ¿Podría ser que incluyera, no sólo los secretos de los acontecimientos del porvenir, sino también el destino de la especie humana y del propio universo?

El propietario de una parcela de tierra posee el correspondiente título de propiedad, que supone su garantía de posesión por siempre. Cuando nuestros primeros padres pecaron en el Edén, transfirieron ese título de propiedad a Satanás. No obstante, en derecho no le pertenecía. En derecho pertenece al propio Padre,

quien es el auténtico Propietario y se sienta en su trono (en realidad, Adán tampoco era el dueño, sino sólo el administrador).

Ese rollo (“libro”) misterioso contiene el destino de cada uno de los habitantes de la tierra. Sin duda, la decisión de los dirigentes judíos de crucificar al Hijo de Dios quedó registrada en el libro que Juan vio sostenido por la mano derecha de Aquel que estaba en el trono: el libro que ningún hombre era capaz de abrir. Esa decisión aparecerá en todo su espanto y crudeza ante quienes la tomaron, en el día en que “el León de la tribu de Judá” abra el libro.

Apocalipsis 5:4-5: Lloraba yo mucho, porque no se hallaba a nadie que fuera digno de abrir el libro, ni siquiera de mirarlo. Entonces uno de los ancianos me dijo: “No llores, porque el León de la tribu de Judá, la raíz de David, ha vencido para abrir el libro y desatar sus siete sellos”.

A menos que se abriera el libro, nadie sería capaz de arrebatar de las manos de Satanás aquello que Adán y nosotros perdimos. Juan lloró mucho porque no vio que apareciera en la escena alguien con el poder y la justicia necesarios para recuperar lo que perdió la humanidad. Sólo un cristiano bondadoso como Juan puede sentir en lo hondo la angustia y preocupación por otros que no son uno mismo ni pertenecen al círculo de familiares y amigos próximos. Sólo un auténtico cristiano puede sentir congoja por la salvación de este mundo perdido. Como alguien escribió, ‘Apocalipsis no se escribió sin lágrimas ni se puede comprender sin lágrimas’. Sólo quien es pecador necesita ser salvo, y sólo el pecador redimido puede llorar por un mundo condenado a la perdición. Juan era un pecador redimido por la gracia de Dios. ¡Dios le dio la capacidad para derramar aquellas lágrimas sinceras! Nadie debiera temer el llanto. “Jesús lloró” (Juan 11:35).

Gracias a Dios por no dejar que Juan llorara mucho tiempo. Aparece alguien capaz de redimir la herencia, alguien que puede restituir a los hijos su posesión, recuperando todo lo que se perdió. ¿De quién se trata? De alguien al que se nombra como “el León”. Quizá, al oír ese nombre, Juan esperó ver a un poderoso conquistador cuya sola presencia inspirara respeto y temor. Imagina su sorpresa cuando lo contempló:

Apocalipsis 5:6-7: *Miré, y vi que en medio del trono y de los cuatro seres vivientes y en medio de los ancianos estaba en pie un Cordero como inmolado, que tenía siete cuernos y siete ojos, los cuales son los siete espíritus de Dios enviados por toda la tierra. Él vino y tomó el libro de la mano derecha del que estaba sentado en el trono.*

Podemos imaginar a Juan mirando en todas direcciones en busca del león majestuoso, sólo para encontrar en su lugar a un “Cordero” herido y sangrando. ¿Es ese Cordero el poderoso conquistador capaz de lograr lo que “ninguno, ni en el cielo ni en la tierra ni debajo de la tierra” podía conseguir?

¿Cómo es posible que un Cordero sea también un León? Debido a haberse sometido a la muerte de cruz. La crueldad, la ambición, la fuerza, la búsqueda del propio interés, la acción política o militar, jamás pueden lograr el poder perdurable. El Cordero ha vencido mediante el amor. El camino del sacrificio propio fue y es el camino de la victoria.

¿Hay alguien sincero que sea capaz de despreciar o ignorar un sacrificio como ese? El amor es la fuerza más poderosa en el universo. Conquista hasta el corazón más obstinado. Todos sin excepción se inclinarán un día ante el Cordero que vino a ser un León (Isaías 45:23-24; Filipenses 2:10-11). “El amor de Cristo nos apremia” (2 Corintios 5:14, LBLA).

A veces nuestros corazones se elevan en alabanza y alegría hasta el punto en que no podemos evitar dar expresión a nuestros sentimientos. Los veinticuatro ancianos, los cuatro seres vivientes y todos los ángeles estallan en un canto triunfal y glorioso más majestuoso que cuanto hayamos podido contemplar o imaginar.

Los “siete cuernos y siete ojos” simbolizan el poder y sabiduría de Cristo, siendo “siete” un número indicativo de plenitud o perfección.

Apocalipsis 5:8-12: Cuando hubo tomado el libro, los cuatro seres vivientes y los veinticuatro ancianos se postraron delante del Cordero. Todos tenían arpas y copas de oro llenas de incienso, que son las oraciones de los santos. Y cantaban un cántico nuevo, diciendo: “Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos, porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje, lengua, pueblo y nación; nos has hecho para nuestro Dios un reino y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra”. Miré, y oí la voz de muchos ángeles alrededor del trono, de los seres vivientes y de los ancianos. Su número era millones de millones, y decían a gran voz: “El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza”.

En nuestro mundo se oye ocasionalmente música excelente, pero ni de lejos tan gloriosa como esa antifona de alabanza al Cordero que fue inmolado. Su amor llegó hasta los últimos rincones de la muerte en su búsqueda del ser humano perdido. Ese amor ha triunfado. Se ha encontrado lo que se había perdido (Lucas 15:24).

Entre toda esa multitud incontable de cantores no hay siquiera uno que cante por temor. Todo corazón está lleno de amor y alabanza, de genuina adoración hacia Aquel que se vació de sí mismo en un

sacrificio tan completo, que reveló ante la mirada de todas las inteligencias y por toda la eternidad las profundidades del amor infinito de Dios. Nuestros corazones pueden sentir el comienzo de ese latido de la vida eterna si es que deseamos formar parte de ese coro.

Ese cántico glorioso está inspirado por algo que podemos ya ahora comenzar a estudiar: la cruz de Cristo. En Cristo glorificado, los redimidos contemplarán por siempre a Cristo crucificado.

Apocalipsis 5:13-14: *A todo lo creado que está en el cielo, sobre la tierra, debajo de la tierra y en el mar, y a todas las cosas que hay en ellos, oí decir: “Al que está sentado en el trono y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder por los siglos de los siglos”. Los cuatro seres vivientes decían: “¡Amén!”. Y los veinticuatro ancianos se postraron sobre sus rostros y adoraron al que vive por los siglos de los siglos.*

Finalmente, no va a quedar el menor rastro de rebelión, duda o enemistad en el gran universo de Dios. Toda criatura se unirá en adoración al Padre y al Cordero. Dado que Satanás y quienes le sirven nunca querrían añadirse a ese canto de alabanza a Cristo, es evidente que estos versículos se refieren a las edades futuras en las que el pecado y quienes se aferraron obstinadamente a él llegaron ya a su fin en el lago de fuego (Apocalipsis 20:12-15).

¿Es Dios digno de una devoción plena como esa? Si todo cuanto conociéramos de él fuera las evidencias de su grandeza como Creador, ciertamente es digno. Pero todavía más allá de la majestad y poder evidenciados en su creación se eleva la cruz con la asombrosa revelación de su carácter abnegado.

El libro de Apocalipsis sobrepasa cualquier otro libro terrenal, por cuanto reconoce esa realidad última que ni la ciencia ni la filosofía pueden siquiera atisbar.